

LE ROSAIRE

DE L'AURORE

Ponferrada, 29 de enero de 2006.

COMENTARIOS AMPERPAPIGIOS

No puedo ocultarles la satisfacción que siento por poder ofrecerles éste número que, huérfano de abuelas, me atrevo a calificar de soberbio. Se incorpora a nuestra hoja uno de los patriarcas de la lengua castellana, Anselmo Cobirán, con un excelente relato que, como acostumbramos, publicaremos por entregas con el fin de asegurarnos su fidelidad. Para celebrar esta incorporación recogemos en nuestro haz una entrevista que el biógrafo del escritor (el ilustre periodista con quien Pablo Gutiérrez) le hizo en su casa natal de Salceda de Caselas en la que el maestro desvela uno de sus secretos mejor guardados.

Gervasio Fritzgerald

EL REGRESO DEL PATRIARCA.

Anselmo Cobirán, patriarca de las letras castellanas, habla desde su pazo pontevedrés con ocasión del comienzo de sus colaboraciones en Le Rosaire.

PABLO GUTIERREZ SOUTO. (Servicio especial) En Salceda de Caselas sólo unos pocos saben que Anselmo Cobirán es su paisano porque pasa largas temporadas fuera y cuando está en el pueblo apenas se relaciona con sus vecinos. Suele acudir en otoño a recoger las castañas que cosecha en pequeñas tierras que su familia posee desperdigadas por los alrededores pero confiesa que cuando va a venderlas los mayoristas le estafan porque no se atreve a regatear. Cobirán nació en el monte, como un lobo, y se siente a gusto en el campo. Su residencia es un pazo venido a menos con un hórreo destartado en el patio. Nadie juraría que adentro vive un escritor porque no aparece un solo libro a la vista, ni siquiera en su mesita de noche. La entrevista comienza en un amplio salón frente a una chimenea apagada cubierta de hollín.

PREGUNTA: Me ha costado mucho encontrar su casa. Casi nadie supo decirme dónde está.

RESPUESTA: No me sorprende. Intuyo quién le encaminó hasta aquí. No me lo diga. Seguro que fue un hombre tartamudo.

P: Así es. ¿Cómo lo sabe?

MADERA DE FUNCIONARIO por Anselmo Cobirán.

Godoy, inspector de consumo, frotó su áspera barba de dos días con el auricular del teléfono antes de contestar. Esperaba una llamada del camarero de la cafetería Ganzúa, a pocos pasos frente a la oficina, para avisarle de que estaba listo el desayuno triple continental que había pedido, una bomba de cinco mil ochocientas calorías no apta para cardíacos, pero le sorprendió una voz solemne muy bien impostada que no era la suya sino la de un pomposo diplomático que le convocaba a una reunión secreta con el embajador de Perú para tratar un asunto delicado que no podía revelar por teléfono.

- No se lo comente a nadie: ni a familia, ni a amigos, ni al Lucero del Alba. A nadie. -advirtió el diplomático y colgó sin dar más explicaciones.

Godoy no estaba acostumbrado a reunirse con personalidades de alto copete así que se puso nervioso. Antes de plantarse en la embajada pasó por su descuidado piso de soltero y rescató el traje más elegante de su armario, un conjunto de marca italiana que sólo vistió una vez para una recepción con el alcalde. Estaba apolillado en el sobaco, pero no se notaría a menos que levantase los brazos de forma tan ostensible como un futbolista que celebra un gol. Con sus mejores galas se presentó a la cita, pero el embajador le recibió en chanclas y bermudas. La calefacción de la embajada se había averiado y el calor en la sala era insostenible. El embajador le invitó a tumbarse en una hamaca de piel que estaba colgada entre dos columnas. En una de las esquinas del despacho un hombre robusto con gafas de pasta, su guardaespaldas, no perdía ojo a cuanto pasaba.

-Continuará-

R: Es el farmacéutico, buen amigo mío. Las pomadas no le salen bien, pero prepara unos perfumes espléndidos. Su especialidad son los franceses, esos originales que se venden en frascos diminutos, pero él envasa sus réplicas en botellas de litro. Es genial.

P: Le gustan los perfumes.

R: ¿A qué cree que huelo?

P: Para serle sincero huele a rancio.

R: Noto que tiene un buen sentido del olfato [risas]. Eso es. Me pasa cada vez que ordeno el hórreo. Por muchos años que pasan no se le quita ese olor. Venga a verlo.

Afuera el frágil hórreo de la casa de Cobirán está a punto de derrumbarse.

P: Parece que se va a hundir.

R: Eso me temo. Creo que no soporta tanto peso.

P: ¿Y qué es lo que guarda ahí dentro?

R: Mis libros favoritos. Prefiero esconderlos aquí. Antes los colocaba en una estantería dentro del salón y todas las personas que me visitaban los husmeaban, pero eso me da pudor. A nadie le interesa qué es lo que leo.

P: ¿Y por qué me los enseña entonces?

R: Quiero darle una exclusiva a Le Rosaire de L'Aurore.

P: Pero veo que entre los libros hay un listín telefónico muy grueso.

R: Sí, el de Nueva York, que pesa tres kilos. Me lo trajo de recuerdo un amigo emigrante y está puesto para que absorba la humedad no sea que se me pudran los libros.

LA INEFABLE BÚSQUEDA DEL HOMBRE RÍGIDO

(Cadáver exquisito* por Marciano Pitcairn)

CAPÍTULO PRIMERO

Existe un dicho en la isla de donde todos provenimos que reúne todas las características de un axioma indiscutible: “La especie humana no es más que un sinfín de movimientos inevitables”. Nada se puede añadir a tal sentencia que la haga más cierta. Pues bien, una vez conocí a una persona que hizo de esa verdad su causa, el motivo por el que su vida se veía justificada, hasta el mismo momento de su muerte. No podría explicar la razón por la que dedicó hasta su último aliento a profundizar en un principio tan elemental y a la vez intangible. No sería capaz de describir la intensidad con la que se enfrentó a su tarea, minuto a minuto, segundo a segundo. Pero ahora, en los últimos días de mi existencia, me veo en la obligación de compartir con el mundo la sorprendente historia de un hombre que creía en un ideal y buscó sin límites la respuesta definitiva a la incógnita originaria. Espero que el devenir biológico no me robe el tiempo que dicho relato merece.

-Continuará-

GERIFALTE INSTANTÁNEO

por Sergio B. Landrove.

Resumen de lo publicado: Citric comunica a Pantaleón que Felipe VI, después de no conseguir apoyo de otros monarcas, se dirige a Dinamarca buscando la colaboración de su viejo amigo Rosencratz.

13. Las luces reglamentarias esbozaban sobre la nieve la pista de aterrizaje de Elsinor. Felipe VI, piloto experto, aterrizó sin ninguna dificultad a pesar del hielo. Cuando los motores se apagaron Rosencratz, largo abrigo negro, gorro de piel y bufanda tricolor, se acercó corriendo al F-16. “Felipe”. El Rey arrojó el casco al suelo y se abrazó a su viejo amigo. “Adolfo”. No fueron necesarias más palabras. Desde que se habían conocido en la universidad de Georgetown habían trabado una amistad de esas que los simples mortales creemos ficticias gracias a las cuáles dos personas se pueden entender con sólo mirarse a los ojos. Rosencratz, jefe del servicio de inteligencia dinamarqués, sabía que Felipe estaba en graves apuros y estaba dispuesto a ayudarlo. “No te preocupes aquí estarás seguro. Las Casas Reales se han movilizado en tu contra, Hamlet recibió esta mañana una llamada de Suecia pidiéndole que no interviniera en el asunto. A mí no me ha dicho nada pero no creo que sea para que te ayude sino porque sabe que desobedecería cualquier orden que vaya en contra de nuestra amistad. No sé tus razones ni quiero saberlas pero mientras tenga algún poder en Dinamarca, tú estarás seguro” El danés sacó del bolsillo de su abrigo una linterna que encendió y apagó tres veces, respondiendo a su señal una camioneta se acercó e inició las operaciones para remolcar el reactor hacia el hangar. “Habrà que devolverlo a España –dijo Adolfo ofreciendo la mano a su amigo- Sígueme.” Al pie de la torre de control les esperaba un todoterreno en el que Rosencratz llevó al Borbón a uno de los pabellones de caza de la Corona danesa. “Apenas lo usan. Aquí estarás seguro”

Puede leer las anteriores entregas en:
constelacion18.blogspot.com